

Del ensayo "**Calidad de arte, calidad de vida**", pags 161-163, aparecido como artículo en La Nación el 2/11/1989.

(...) El invento del fantasma elitista como algo antipático y reñido con el concepto de democracia intenta producir una nivelación en todos los órdenes de la vida, cada vez más grande y cada vez más hacia abajo. Este prejuicio abarca desde las más sutiles manifestaciones del arte hasta las de la salud o la educación en todos sus niveles, agravándose por supuesto a medida que el nivel pretende ascender.

La idea del igualitarismo ha sufrido una monstruosa deformación. Lo que en verdad es loable, o sea la igualdad de oportunidades para el desarrollo de la personalidad de todos los miembros de una comunidad, se ha ido transformando en alergia a cualquier tipo de excelencia, o a denunciar como oprobioso para la sociedad el que existan, en todo orden de actividades humanas, quienes las desempeñan con talento y dedicación y quienes carecen de los mismos.

El que todos deban tener acceso a los beneficios que el arte aporta, o que aportan la medicina y la educación, se ha traducido en la gran falacia de que todos los artistas o los médicos o los educadores o los educandos deben ser emparejados en cuanto a sus méritos reales. Esta equiparación -denunciada por Discépolo: "Es lo mismo un burro que un gran profesor"- trae aparejadas nefastas consecuencias para el aspecto saludable de la vida en la sociedad. Se ha producido algo así como la inversión de la pirámide: el vértice queda abajo y arriba una base a partir de la cual es prácticamente imposible lograr el que alguien se destaque. Lo tremendo de esta subversión de valores es que, en el resultado final, todos salen perjudicados. Al ser equiparado el mérito, en todos los órdenes, se va produciendo el progresivo desgaste de los estímulos legítimos que fomentan ese afán de superación que es el motor de la marcha perfectible de la especie. (...)

Uno de los aspectos esenciales de esta tan comentada crisis que nos aqueja habrá de encontrarse en esa filosofía perversa de la falsa igualdad que todo lo nivela hacia su denominador más bajo, postrando las verdaderas energías de nuestro pueblo.

Si la comunidad entera discute y aplaude para que la mejor selección posible nos represente en los grandes torneos deportivos, y a nadie parecen incomodar las cifras millonarias que reciben los más destacados deportistas, no veo por qué esa misma filosofía no se ha de aplicar a los demás órdenes de la vida nacional, ya se trate de las conquistas del arte como de las que hacen a la calidad de vida en general. El culto de la mediocridad a nadie favorece -ni a los mismos mediocres. Hay que terminar con el terror a la excelencia y permitir que lo excelente empuje hacia arriba el vértice de la pirámide para bien de todos los que están en la base, en vez de apalstarnos con el peso de su base invertida para desgracia de todos los argentinos. (...)